

EL MUNDO

Jueves, 9 de junio de 2005. Año XVII. Número: 5.658.

OPINION

TRIBUNA LIBRE

La Iglesia, el alma y los embriones

GIOVANNI SARTORI

Quizás excitado por el debate que ha precedido en Italia al referéndum sobre bioética de este domingo, el profesor Francesco D'Agostino, miembro de la Academia Pontificia Pro Vita y presidente de los juristas católicos, se ha lanzado a afirmar recientemente que, en una fecundación in vitro, no se puede hacer un diagnóstico del embrión antes de implantarlo en el útero porque esto viola la intimidad del embrión. La afirmación es tan atrevida que ya hay quien ha tenido que precisar con sorna que «nadie jamás en Europa habló de intimidad del embrión».

Movido por un celo parecido, el primado de la Iglesia católica inglesa, el cardenal Cormac Murphy-O'Connor, comparó la interrupción del embarazo con «los experimentos de genética nazis». Si todo esto no son exageraciones, es algo mucho peor.

Pero retomemos el discurso católico desde el principio: ¿cuál es la diferencia entre la vida en general -incluidas la de una rosa o la de un mosquito- y la vida humana?. He dicho en muchas ocasiones que el hombre se caracteriza por la autoconciencia, por saber dar razón de sí mismo. Esta respuesta laica (o filosófica) presenta muchas variantes, sobre las que no voy a entrar ahora. Tengo que rebatir, sin embargo, la objeción de que, en tal caso, un retrasado mental o, incluso, un neonato no serán nunca, o todavía, seres humanos.

Se trata de objeciones sin base, porque las definiciones precisan categorías y son como una especie de contenedores conceptuales. No son instrumentos contables y no es necesario que lo recojan todo y a todos. Basta con que identifiquen y, al mismo tiempo, caractericen.

En cualquier caso, la definición religiosa es y debe ser diferente. Según ella, lo que caracteriza a la vida humana es la presencia del alma. Se trata de una definición que respeto. Y me hace gracia que sea precisamente yo el que tenga que recordarla y defenderla mientras la Iglesia del papa Wojtyla y ahora la de Benedicto XVI da muestras de haberla olvidado.

Esta afirmación suscita la indignación de muchos de mis lectores, que llegan a

llamarme ignorante (y cosas peores) y sostienen que el alma nace con el embrión. ¿Obvio? De obvio, nada. Entre otras cosas, porque ésta nunca fue la doctrina de la Iglesia (ni de la católica ni de ninguna otra Iglesia, precisando más). Sobre este asunto, he citado a menudo a Santo Tomás de Aquino, pero lo hizo todavía mejor y más ampliamente que yo Umberto Eco, que es un profundo conocedor de su obra. Eco cita los seis pasos de los que habla Santo Tomás al respecto, que pueden resumirse así: Dios introduce el alma racional sólo cuando el feto es un cuerpo ya formado; de lo que se sigue que, después del Juicio Universal, cuando los cuerpos de los muertos resuciten, en dicha resurrección los embriones no participan puesto que en ellos no infundió nunca Dios el alma racional y, por lo tanto, no son seres humanos.

Un filósofo católico que sabe de estas cosas respondió a este argumento diciendo que Santo Tomás es antiguo y que «no es necesario irse siete siglos atrás». Si es así, pobre Iglesia. Si Santo Tomás es viejo, todavía lo son más San Agustín y la Patrística. E igual de viejos son los extraordinarios debates que establecieron cuál es la verdadera fe y cuál es la herejía. La Iglesia católica lleva dos mil años bebiendo y alimentándose de este imponente bagaje teológico. Si considera viejo, anticuado y superado a un intelectual como Santo Tomás de Aquino, ¿qué le queda?

Paso a precisar, como prometí, que la tesis del embrión igual a persona no es suscrita, que yo sepa, por ninguna otra religión. No la comparte la Iglesia anglicana ni la comparten la mayoría de las iglesias protestantes. Y, lo que es más significativo, no es compartida por las demás religiones monoteístas.

Según el Talmud, el libro sagrado del judaísmo, el embrión se torna gradualmente persona en el segundo mes de embarazo, es decir, cuando en el feto comienzan a formarse los órganos. De la misma manera, en la religión islámica, el alma entra en el cuerpo 40 días después de la concepción, por lo que la experimentación con embriones es admitida sin reparos morales.

La cruzada del cardenal romano Camillo Ruini es, pues, una cruzada solitaria. Probablemente pueda ganarla en Italia. Pero sería una victoria pírrica y destinada, en otros países y a la larga, a una derrota total. De hecho, si la gana, deberá después lanzarse de nuevo a la cruzada contra el aborto. De lo contrario, tendríamos un embrión (que hasta los 18 días tiene un dimensión inferior al milímetro y no tiene órganos ni tejidos diferenciados) tutelado y un feto no tutelado o menos tutelado. Algo absurdo, evidentemente.

Prescindiendo de esto, el hecho es que en la actualidad la sociedad cristiana de Occidente ama la vida, no acepta morir sufriendo inútilmente y, por lo tanto, se confía a la medicina a la hora de abordar las enfermedades que nos hacen sufrir y morir. La ley italiana sobre investigación con embriones, escribe el médico italiano Umberto Veronesi, «es inhumana e injusta». En Italia, 30.000 niños nacen cada año con graves malformaciones. ¿Es justo y humano hacerlos

nacer así? La gente teme morir víctima del Parkinson o del Alzheimer y la experimentación con embriones promete -quizás erróneamente, pero eso aún no lo sabe ni siquiera la Iglesia- curar las enfermedades que nos aterrorizan.

¿Cree realmente el cardenal Ruini que en estas cuestiones, en estas angustias, la gente va a votar contra la medicina? Sigo manteniendo -porque también yo tengo firmísimas convicciones bioéticas- que la eugenesia debe ser sólo curativa y que no debe deslizarse jamás por la peligrosísima pendiente de una humanidad genéticamente manipulada. ¿Cuándo se convierte entonces la vida en propiamente humana? La respuesta que no crea problemas es la respuesta obvia. La que sostiene que la persona sólo es tal cuando sale del útero materno, cuando comienza a existir con independencia, por sí misma. Esta era la óptica del Derecho aquí en Italia hasta la Ley 40, que establecía en el momento del nacimiento la adquisición de la capacidad jurídica. Y ésta podría ser la única discontinuidad reconocida por la biología, que, por otra parte, tiende a ser continuista.

Pero no por ello la biología puede sostener la tesis del embrión-persona. De hecho, la biología nos coloca ante el hecho (¿evolucionista?) de que la especie humana comparte con los primates, con los animales superiores, más del 95% del patrimonio genético; que el corazón (primer órgano que se torna funcionalmente activo tras la fecundación) comienza a latir sólo en la cuarta semana después de la fecundación; y que un altísimo número de embriones se pierden, es decir, que la mayoría de las veces el embrión no se convierte en niño.

Hoy la Iglesia pide a los juristas y a los biólogos católicos que suscriban la tesis de que el embrión es ya un ser humano. Pero el que la suscribe lo hace como creyente, no ciertamente como jurista o como científico. Porque dicha tesis es racionalmente insostenible. La religión no existe para hacer nacer al mayor número de personas posibles (ya sufrimos, globalmente, de superpoblación) y mucho menos para prolongar artificialmente la vida (durante décadas) a una persona en estado puramente vegetativo. La religión existe para derrotar a la muerte, para prometerle al hombre la inmortalidad. Y para esto se necesita el alma. Sin el alma, no hay resurrección de los cuerpos ni vida eterna. Por lo tanto, la Iglesia debe saber decir cuándo aparece el alma. De lo contrario, corre el riesgo de no llegar nunca.

La Iglesia católica no se atrevió nunca a desmentir toda su teología -que siempre excluyó que el «alma racional» llegue en el instante de la concepción- y, por lo tanto, calla sobre el tema o, como máximo, lo sobrevuela sin dar respuesta a la cuestión de cuándo el alma comienza a «animar al hombre».

Pero, al mismo tiempo, el catolicismo está resultando ser una religión que se abate sobre la concepción biológica de la vida, que acusa de homicidio al que deja morir una vida vegetativa que mentalmente está ya muerta y que hace

prevalecer la potencialidad de la vida de un embrión sobre la vida espiritual (autoconsciente) del que ya vive y pide ser curado por los avances de la medicina. El legado de Santo Tomás es el de una razón confortada por la fe. Pero hoy me topo cada vez más con una fe fanatizada que margina a la razón y a la racionalidad. Quizá me equivoque, pero en esta actitud de la Iglesia católica hay algo profundamente erróneo.

Giovanni Sartori es filósofo y politólogo italiano, autor de obras tan influyentes como Homo videns o Teoría de la Democracia. Ayer fue galardonado con el Premio Príncipe de Asturias de las Ciencias Sociales de este año.

© Mundinteractivos, S.A.